

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La escuela de la incultura y delincuencia

Palabras de D. Bosco

Los niños como decía el insigne don Bosco, por sí, no son malos, pero se pervierten porque están abandonados, descuidados, solos e ignorantes.

Los niños son buenos, son la sencillez confiada y tranquila, son la más viva imagen del candor y la inocencia.

Contemplando a uno de esos pequeños de 6 ó 7 años, a uno de esos hijos del pobre, vedie corriendo por la calle, sofocado en hacer rodar delante de sí un aro, viejo arrancado a una pipa de vino; anda descalzo, sus vestidos hechos jirones, apenas con unos tirantes pueden sostenerse de unos botones gruesos medio arrancados; sus cabellos desgredados caen sobre su frente sucia, pero bien despejada y bien pura como la luz de sus ojos, que reflejan aún la inocencia de su alma.

Tipo del golfo

Pero dejad pasar algunos años: contempladle otra vez a ese mismo niño, a la edad de 14 ó 16, anda como antes desparado y sucio, pero ya no descubriréis en su mirada el candor y la inocencia, el fuego de sus ojos se ha apagado, con el tabaco y la fuma de colillas y el abuso del alcohol, tiene la voz avinagrada y ronca; su sonrisa es truhanesca, su ademán provocativo, insolente, arde en el fuego de todas las concupiscencias, lleva impreso en su frente el sello de la degradación. Es el tipo del golfo, palabra que ha corrido rápidamente por toda España para dominar al villano, al vagabundo, al chiquillo de la calle, al que recurre al limosnero callejero, que vive de los desperdicios de casas y cuarteles y ejerce toda clase de prácticas parasitarias incluyendo las del delito.

El golfo según Pereda

Es el tipo, que de relieve nos presenta Pereda en *Escenas Montañesas*, con el título *Raquero* que significa atener lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Allí le describe y nos hace el verdadero retrato del golfo, del chaval,

del chico de la calle, recorriendo el puerto y los barrios altos, desafiándose a *trompada suelta*, dejando la roñosa moneda después de jugarla al *palmo* o la *rayuela*, juntándose con otros que a un silbido salen de detrás de cada montón de escombros, como de las ruinas las lagartijas, para hacer rabiar a los *quindillas*, y sin otro oficio ni destino, como escobón de barrendero, que apropiarse cuanto no tenga dueño conocido, extralimitándose también a lo dudoso y aún a lo del vecino.

Hornos para forjar niños delincuentes

Este triste cuadro de niños abandonados que conmovió a don Bosco y que le llevó a fundar la obra salesiana, admiración hoy del mundo entero; lo podemos contemplar nosotros en cualquiera de nuestras ciudades.

Estos niños mendigos y vagabundos se crían al lado de las tabernas, de los burdeles de la peor estofa; el insulto, el lenguaje obsceno y la blasfemia son su diaria lección; sus ojos se recrean con las estampas inmorales de los kioscos que excitan los apetitos, sin que nadie les enseñe el deber, la virtud y el honor.

Estos son los hornos donde se forjan los niños delincuentes, los que han de engrosar las filas del socialismo mañana y han de ir a la cabeza de todos los disturbios sociales—habéis respirado, esa pestifera atmósfera en que se desarrollan y nutren los microbios que infestan el alma de esos pequeños golfos; conocéis los primeros pasos que recorren; sabéis por dónde comienzan pero ¿dónde acabarán? Fácil es suponerlo. Si la indisciplina y franca libertad de la calle los conduce por la funesta necesidad y les hace alistarse en las filas de la delincuencia; acabará por entregarlos en manos de la policía para llevarlos a una cárcel, si es que antes no hay almas generosas que, interponiéndose en ese camino, recojan de omnibus de la calle esos desperdicios sociales para transformarlos al valor del amor y caridad, en útiles miembros que reintegren con creces, los sacrificios que ahora por ellos se impongan sus bienhechores.

Obligación de remediar este mal

A ello nos obliga el nombre y título de cristianos, porque Cristo, nuestro capitán y Rey, fué el primero que nos enseñó con su divino ejemplo el amor a los pobres pequeñuelos que pobres eran los que él acariciaba, al fin como hijos de la gente de pueblo que era la que principalmente le seguía. Recordad, si no, aquellas escenas que nos pinta el Evangelio cuando Jesús reunía a su alrededor a los niños que acompañaban a sus madres y entrelazando sus divinos dedos en aquellos rizos de oro los acariciaba con ternura y gustaba de aspirar el candor de sus almas realzada como en espejo en sus inocentes ojos, y si los Apóstoles temerosos que la tropa de bulliciosos pequeñuelos le molestase, pretendían apartarlos, él los reprendía amorosamente diciéndoles: No, dejad que los niños se acerquen a mí... que de ellos es el reino de los cielos.

Nuestro propio interés

A ello nos obliga nuestro propio interés, el interés de nuestra familia, el interés de nuestros pueblos, el interés de nuestros negocios.

Porque, ¿de qué elementos sino de estas escorias infantiles, se nutren el socialismo y demás factores del desorden social? ¿quiénes van por delante en toda perturbación, abriendo paso a los huelguistas, a los revolucionarios, sino los menores de 15 años, abandonados en medio de las ciudades, y que por no haber personas o instituciones que los recojan, han aprendido a odiaros a vosotros y a todos los que en la sociedad poseen algo o representan el orden y la autoridad?

Esta obligación sagrada ha de ser la llave que abra nuestro corazón a esas pobrecitas criaturas y el acicate que nos estimule a dar la mano a estos desgraciados sin padres, sin religión, y llevarlos a estos Reformatorios que la misericordia de Dios inspira a las almas buenas, instituciones providenciales que harán de estos seres, señalados hoy con el estigma de la degeneración, ciudadanos mañana, que llevando el sello de la honradez en sus frentes compartirán con nuestros hijos los deberes santos de la religión y de la patria.

Conclusión: ejemplo

Y permitidme que al terminar, recuerde un suceso, cuya mención no puede ser en este momento más oportuna.

Presentóse un día a una señora de la aristocracia francesa un joven oficial del ejército, que ostentaba en su pecho varias cruces: en vez de saludar a la dama, arrojóse a sus pies, dejando en ellos las cruces que le condecoraban, y la dijo estas palabras: «Señora, al perder a mi padre desconoci la obediencia a mi madre y cometi todas las locuras de que es capaz un muchacho de catorce años; mi madre acudió a vos para que la protegierais, y vos con generosidad ejemplar, costeásteis mi educación en el Reformatorio de Meltray, pagando una corta pensión, hasta que estuve reformado. Salvándome a mí de la vergüenza y del orfandad en que hubiera parado, salvásteis la vida a mi madre; ingresé en el ejército, donde he ganado estas cruces que os depongo en prueba de gratitud. Si soy bondado y caballero, os lo debo a vos después del cielo.» Y mojó con sus lágrimas la mano de la señora, que le levantó, la cual no pudo contener esta frase: «Mas estimo estas lágrimas que los brillantes que ostente en mi uniforme.» Al referir al día siguiente a sus amigos esta escena, añadió: «Jamás fiesta ni espectáculo alguno, he dejado tan castifecho mi corazón como la visita de este oficial.»

Que sea la frecuencia de este ejemplo, la que os mueva a ofrecer vuestro necesario y valioso concurso a la reformatión de la infancia abandonada. No quiera Dios, que si los Reformatorios que ahora se intentan levantar, no se llevan a cabo por la indiferencia de los que con sus recursos deben favorecerlos, puedan algún día ver los habitantes de nuestras capitales el espectáculo que desde la cárcel les dirijan aquellos originales cortidos y atezados, otro tiempo pobres galillos abandonados. Estemos aquí porque cuando debiera nada hicierais para que sean de valiosos como nosotros pero que no precurásteis que fuésemos buenos.